Billy
y el vestido rosa

Anne Fine

Nació en Leicester, Gran Bretaña, en el seno de una familia numerosa. Estudió Historia y Políticas y ha residido en Canadá y Estados Unidos. Como sus hijas son ya mayores, vive ahora en el campo, cerca de York, con su marido y un perro terranova. Ha publicado tres novelas para adultos y más de veinte libros para niños que han recibido los más importantes premios que se conceden en su país. Su novela *Señora Doubtfire*, publicada por Alfaguara Juvenil, ha sido llevada a la pantalla con gran éxito.

Una mañana la madre de Billy entra en su cuarto apresuradamente, le pone un vestido y le manda al colegio. Y allí le ocurren cosas sorprendentes. Todo ha cambiado desde que lleva un vestido rosa. Billy no podía imaginar que todos –profesores, compañeros... – tratasen de forma tan distinta a las niñas y esperasen cosas diferentes de ellas. Este libro ha recibido el Premio Smarties y el Premio Nottinghamshire.

ALFAGUARA
Infantil

Ilustración de cubier
PHILIPPE DUPASQUI

P8-CFO-329

ISBN: 96
9 789681 907174

ALFAGUARA

INFANTIL

Billy
y el vestido rosa
Anne Fine

1

Empieza un día horrible

Cuando Billy Simón se despertó el lunes por la mañana, descubrió que se había convertido en una chica.

Estaba todavía delante del espejo mirándose, asombrado, cuando entró su madre como un torbellino.

—¿Por qué no te pones este vestido rosa tan lindo? —preguntó.

—¡No llevo nunca vestidos! —exclamó Billy indignado.

—Ya lo sé —dijo su madre—. Es una verdadera lástima.

Ante el asombro de Billy, y antes de que tuviera tiempo de protestar, le había metido

el vestido por la cabeza y subido la cremallera del costado.

—Abróchate tú los botoncitos de nácar —le dijo—. Son un poco latosos y a mí ya se me está haciendo tarde para ir a trabajar.

Y salió con la misma rapidez con la que había entrado, dejándole desconsolado delante del espejo, en el que se reflejaba una niña con su mismo pelo rizado color zanahoria y un vestidito rosa con frunces y botoncitos de nácar, que le miraba con la misma cara de desconsuelo.

—No puede ser —se dijo Billy—. ¡No puede ser!

Salió de su cuarto justo cuando pasaba su padre a la carrera. También se le había hecho tarde para el trabajo, pero se inclinó y le plantó un beso en la mejilla.

—Adiós, cielo —dijo, revolviéndole los rizos—. Hoy vas más elegante que nunca. Pocas veces te vemos con un vestidito, ¿no es cierto?

Bajó corriendo las escaleras y salió de la casa tan deprisa que no pudo ver la cara de Billy ni oír lo que mascullaba.

Bella, la gata, no pareció notar ninguna diferencia. Exactamente igual que siempre, ronroneando, restregó contra sus tobillos su cuerpo suave y peludo.

A continuación, Billy se puso a desayunar sus cereales con leche como de costumbre, convencido de que todo aquello era inevitable. Luego salió de casa a la misma hora de todos los días. No tenía otra alternativa. A pesar de que todo era muy raro, las cosas sucedían con total normalidad, como en un sueño.

¡O a lo mejor era una pesadilla! Porque en la esquina estaba la banda de los chicos del colegio rival. Entre ellos, Billy pudo reconocer a uno al que llamaban Manu Matón, con su chaqueta de cuero negro claveteada.

"Me parece que voy a ir por el camino largo, dando un rodeo —pensó Billy—. No quiero enzarzarme en una estúpida pelea con ellos como la semana pasada, que me dieron patadas en los tobillos y me hicieron polvo".

Justo entonces, Billy oyó el silbido más agudo que pueda imaginarse. Se volvió para ver de dónde venía semejante sonido y entonces se dio cuenta de algo horrible: ¡El silbido de Manu iba dirigido a él!

Billy se puso tan colorado que sus pecas desaparecieron. Se sintió tan estúpido que se le olvidó torcer en la esquina siguiente para dar el rodeo que había pensado y acabó pasando por delante de la banda.

Manu estaba hecho un chulo, apoyado en los barrotes de la verja, y siguió silbando a Billy cuando este pasó con su vestido rosa con botones de nácar.

Billy pensó: "¡Casi sería mejor que me dieran patadas en los tobillos otra vez!".

Cuando llegó a la calle principal, había una anciana de pelo gris esperando al borde de la acera para cruzar, y Billy se puso a su lado para protegerse de la banda de Manu.

—Dame la mano, ricura —dijo—. Ya verás como cruzamos la calle sin problemas las dos.

—No, de verdad, no hace falta —se resistió Billy—. Me las arreglo muy bien, en serio. Cruzo todos los días esta calle yo solo.

La buena mujer ni le escuchó. Se inclinó, le agarró de una mano y cruzó la calle tirando de él.

Al llegar al otro lado le soltó y, mirándole con aprobación, dijo:

—Llevas un vestido lindísimo. Sé buena y procura no ensuciártelo.

Para no decir algo desagradable, Billy echó a correr.

El director estaba a la puerta del colegio, con el reloj en la mano, viendo llegar a los últimos retrasados.

—¡Esteban Iruña, a ver si te pones las pilas! —gritó.

—¡Toni Guardo, espabila!

Otro chaval dobló la esquina a toda mecha y se coló delante de Billy.

—¡Llegas tarde, Andy! —gritó el director—. ¡Tarde, tarde, tarde!

A continuación tenía que pasar Billy.

—Vamos, vamos, pasa —dijo el director animándole—. Date un poquito de prisa, criatura, que vas a llegar tarde a la asamblea, y eso no puede ser.

Después de decir esto entró en el colegio detrás de Billy.

La asamblea era un acto que todas las mañanas, antes de empezar las clases, se celebraba en la sala grande. Después de cantar un himno religioso les indicaron que se sentaran en el suelo, como de costumbre. Billy intentó con todas sus fuerzas estirarse el vestido para taparse las piernas.

La señorita Coll se inclinó hacia adelante en su silla y le dijo:

—Deja ya de enredar con tu vestido. Te estás dañando la falda manoseándola con esos dedos tan sucios.

Billy la miró con ira y mantuvo una expresión amenazadora hasta el final del acto, cuando todos se pusieron de pie como siempre.

—Ahora necesito cuatro voluntarios fuertotes para que lleven una mesa al edificio de preescolar —anunció el director—. ¿Quién quiere ir?

Casi todo el mundo levantó la mano. ¡A quién no le gustaba darse un paseo y cruzar el patio! Además, en la clase de párvulos tenían música, un grifo con agua y botes de pinturas de todos los colores, triciclos, rompecabezas y unas construcciones enormes. Si disimulabas y no hablabas mucho ni muy alto, podían pasar unos cuantos minutos antes de que la profesora se diera cuenta de que eras de otra clase y te echara.

Por eso toda la sala era un bosque de manos levantadas.

El director eligió a cuatro chicos.

Al salir de la sala, Billy oyó como Astrid se quejaba amargamente a su profesora, la señorita Coll:

—¡No es justo! Siempre elige a chicos para que lleven las cosas.

—A lo mejor la mesa pesa mucho —dijo la señorita, tratando de tranquilizarla.

—Las mesas que hay en este colegio no pesan nada —dijo Astrid—. Además, yo soy mucho más fuerte que por lo menos dos de los chicos que ha elegido.

—Eso es verdad, señorita Coll —dijo Billy—. Siempre que jugamos a tirar de la cuerda, todo el mundo quiere que Astrid esté en sú equipo.

—Bueno, bueno —dijo la señorita—. No tiene importancia. No hay que ponerse así por una tontería. Al fin y al cabo, no es más que llevar una mesa.

Cuando Astrid y Billy trataron de seguir discutiendo dijo, bastante enfadada, que el asunto se había acabado y punto.

Una vez en clase, cada cual se fue a su mesa.

—Primero, vamos a hacer ejercicios de escritura —dijo la señorita—. Y luego, como premio, leeremos un cuento.

Mientras la señorita Coll repartía los cuadernos y todos buscaban sus lápices y borradores, Billy miró alrededor.

Era el único que llevaba un vestido.

Flora traía unos pantalones y una blusa azul; Cristi y Nico iban los dos con vaqueros y camisa; Felipe llevaba pantalones de pana y un suéter rojo, y Talila, unos pantalones bombachos de raso rojo debajo de su blusa de seda.

De acuerdo, no cabía duda de que Talila iba tan elegante como para ir a un baile, pero el único que llevaba un vestido era él, Billy.

¡Era algo horrible! ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Es que nadie se daba cuenta? ¿Acaso les parecía normal? ¿Qué podía hacer él? ¿Cuándo acabaría la pesadilla?

Billy apoyó la cabeza en las manos y se tapó los ojos.

—A ver, en la mesa número cinco, a trabajar se ha dicho —advirtió, enseguida, la señorita.

Se refería a él, Billy. Ya lo sabía. Así que cogió el lápiz y abrió el cuaderno. No podía hacer otra cosa. No tenía otra opción. Las cosas seguían a su aire, como en un sueño.

Escribió más de lo que era normal en él, y también con más cuidado que nunca. En comparación con las páginas de los días anteriores, se podía ver que había hecho realmente un buen trabajo.

Pero nadie lo hubiera dicho, a juzgar por los comentarios de la señorita Coll cuando lo vio.

—¡Qué es esto! —le regañó, señalando con el dedo la página escrita—. ¿No te parece que esto no está muy limpio que digamos? ¡Mira qué borrón! ¡Además, los bordes del cuaderno están como si los hubieras chupado!

Después pasó a examinar lo que había hecho Felipe. Estaba mucho peor que lo de Billy. Tenía muchos más borrones y el cuaderno tenía mucho peor aspecto y los bordes estaban mordisqueados. La escritura era mucho más desigual y descuidada; algunas letras eran tan enormes que parecían gigantes guiando un rebaño de letras más pequeñas a través de la página.

—No está nada mal, Felipe —dijo—. Sigue así, haciéndolo cada día mejor.

Billy no podía creer lo que oía. Estaba indignado. Cuando la señorita se alejó, agarró el cuaderno de Felipe, lo puso en la mesa junto al suyo y comparó los dos.

—¡No es justo! —se quejó amargamente—. Tu página está mucho peor que la mía, y a mí me ha regañado y a ti te ha felicitado.

Felipe se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, ya se sabe que las chicas son más limpias.

Billy sintió tal indignación que tuvo que sentarse encima de las manos para no darle un par de golpes a Felipe.

En su mesa, la señorita hojeaba el libro de lecturas de la clase: *Cuentos de hoy y de siempre.*

—¿Dónde estábamos? —preguntó—. ¿Dónde nos quedamos la semana pasada leyendo? ¿Llegamos hasta el final de *Paulina piloto?*

Volvió la página y dijo:

—¡Ah! Aquí hay un cuento muy antiguo que estoy segura de que todos conocen de memoria: *Rapunzel.* Y hoy le toca dramatizarlo al grupo de la mesa cinco.

Levantó la vista y miró a los seis, sentados allí, esperando.

—Tú serás el labriego —le dijo a Nico—. Y tú serás la mujer del labriego —dijo, dirigiéndose a Talila—. Tú, la bruja, Flora, y tú, Felipe, el príncipe. El narrador serás tú, Cristi.

"¡No, por Dios, no, no!", pensó Billy. No se atrevía ni a respirar, cuando la señorita le miró y dijo:

—Tú serás la bella Rapunzel.

Antes de que a Billy le diera tiempo a protestar, Talila empezó a leer en voz alta. Ella y el labriego tenían una acalorada discusión sobre si era o no peligroso robar una lechuga de la huerta de la bruja, que vivía en la casa de al lado, para dar de comer a su preciosa hijita Rapunzel. Como habían empezado, Billy no quiso interrumpir, así que se limitó a quedarse sentado pasando páginas, hasta que le tocase hablar.

Tuvo que esperar mucho rato, ya que la bella Rapunzel no parecía hacer gran cosa. La bruja la secuestraba, por despecho, y la encerraba en lo alto de una torre de piedra que no tenía puerta. Y allí se quedaba sentada, tranquila, durante unos quince años, sin crear problemas, y el pelo le crecía y le crecía.

No trataba de escaparse. No se quejaba. Ni siquiera se peleaba con la bruja.

En opinión de Billy, no valía la pena rescatar a alguien así. No comprendía por qué el príncipe se molestaba en salvarla. Él, desde luego, no hubiera hecho el más mínimo esfuerzo.

Después de unas tres páginas, por fin, le tocaba decir algo a Rapunzel.

—¡Oooooooh! —leyó Billy en voz alta—. ¡Ooooooooh!

No, la verdad es que el papel no era gran cosa. Cuando uno se paraba a pensar com-

prendía que la vida de aquel personaje no era gran cosa.

Billy levantó la mano. No pudo evitarlo.

—¿Qué pasa? —dijo la señorita—. ¿Qué problema tienes? —le molestaban mucho las interrupciones cuando estaban leyendo.

—No veo por qué Rapunzel tiene que quedarse en la torre, sentada, esperando que el príncipe venga a rescatarla —le explicó Billy—. ¿Por qué no puede planear su huida? ¿Por qué no puede cortarse ella misma todo ese pelo tan largo, hacer con él una

cuerda, atar la cuerda a algo y luego descolgarse por ella? ¿Por qué tiene que quedarse ahí y desperdiciar quince años esperando a que llegue un príncipe?

La señorita Coll le miró frunciendo el ceño.

—Billy Simón, hoy te estás comportando de una manera muy rara —le dijo—. ¿Qué te pasa? Es como si fueras otra persona.

¡Cómo no iba a ser otra persona! ¡Cómo iba a comportarse como siempre con ese vestido! Billy miró alrededor. Todos le miraban, esperando a ver qué decía. ¿Qué podía decir?

Menos mal que antes de que le obligaran a responder, sonó la campana que anunciaba la hora del recreo.

2

El pelachín

En el patio, unos cuantos chicos estaban ya dando patadas al balón. Billy estaba a punto de echar a correr para unirse a ellos cuando recordó cómo iba vestido. Sería un espectáculo si se daba un golpetazo con esa pinta. Así que decidió hacer otra cosa durante el recreo.

Todos los chicos que salían al patio se incorporaban al partido de fútbol, en un equipo o en otro. ¿Qué hacían las chicas entretanto? Miró alrededor. Unas estaban sentadas encima del murete del patio de preescolar, charlando animadamente. Otras, en el porche del vestuario se contaban secretos, entre risas. Había algunos grupitos en las esquinas del patio, y cada vez que el balón se desviaba hacia allí le daban una buena patada y lo devolvían al centro. Dos chicas trataban de pintar con tiza una rayuela, para saltar a la pata coja, pero cada vez que los futbolistas pasaban corriendo por encima las rayas desaparecían.

Hacía bastante frío para estarse quieto. El vestido sería muy lindo, pero era ligero y le dejaba las piernas al aire, así que Billy decidió unirse a las chicas que estaban en el porche. Por lo menos estaban resguardadas del viento.

Al acercarse a ellas, oyó que Laila decía:

—Martín dice que apuesta a que nadie se atreve a meter un gol por la ventana del vestuario.

Todas las chicas miraron hacia arriba, a la ventana del vestuario. Billy también miró.

Como siempre, el encargado de la limpieza había abierto la ventana del todo, para ventilar, y quedaba un espacio cuadrado bastante grande.

—Cualquiera puede meter un gol por ese hueco —dijo Cristi, despectiva.

—Yo desde luego que podría —afirmó Astrid.

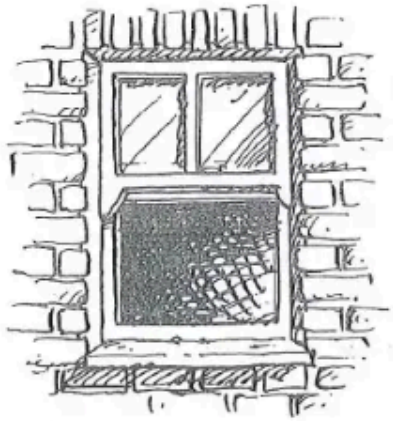
—Eso está tirado —convino Laila.

—¿Qué premio hay si uno lo hace? —preguntó Billy.

—Un pelachín.

—¿Un pelachín?

Billy estaba perplejo.



—Sí —dijo Laila—. Un pelachín.

Billy miró alrededor y pudo comprobar que ninguna de las chicas del grupo parecía tener la mínima duda sobre lo que era semejante cosa. Todas parecían ser expertas en pelachines, fueran lo que fuesen.

—No sabía que se pudieran conseguir pelachines por aquí —dijo Flora.

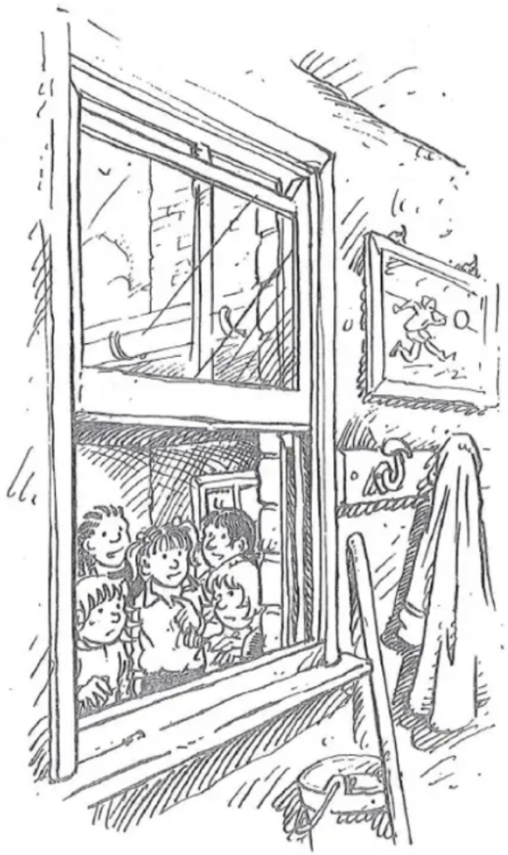
O sea que debían de ser bichos raros. ¿A lo mejor algo así como los osos pandas?

—¡Me encantan los pelachines! —dijo Sara—. Pero no me dejan porque soy alérgica.

Entonces era un animal, seguro. Un animal con pelo. Billy tenía un vecino que también era alérgico a los animales peludos.

—¿De qué color es? —preguntó Astrid—. ¿Es rosa?

Si todavía era rosa, pensó Billy, probablemente sería un cachorrito al que aún no le había crecido mucho pelo.



—No —les contó Linda—. Sé exactamente de qué color es, porque es el último que queda. Es beige pálido.

A lo mejor es que Martín no le había dado bien de comer y por eso el pobre animal se estaba quedando pálido.

¡Estaba clarísimo que había que rescatarlo, y pronto!

Tenía que aceptar la apuesta.

—Yo lo haré —anunció Billy—. Meteré el gol por la ventana del vestuario y me ganaré el pelachín.

Talila se quedó mirándole.

—Ya puedes tener cuidado con tu vestido —le advirtió—. El balón está hecho un asco.

—Ya me las arreglaré —dijo Billy—. Sé muy bien lo que hago.

Vio que la noticia corría como la pólvora por la fila de chicas sentadas en el murete

de preescolar y por los grupitos que había en las esquinas del patio. Todas se volvieron para ver cómo intentaba meter un gol por la ventana del vestuario.

—¿Qué se apuestan? —se preguntaban unas a otras.

—Un pelachín.

"A ver —pensó Billy—. No hay por qué esperar más".

Era un tiro a puerta de lo más fácil. Todo lo que necesitaba era un balón.

Se fue hacia los que jugaban al fútbol para pedirles prestado el suyo un momento. Justo entonces, el juego cambió de dirección y los jugadores se dirigieron hacia donde él estaba. Varios chicos se le vinieron encima en avalancha, dejándole planchado en el suelo.

—¡Quítate de en medio!

—¡Este es nuestro terreno de juego!

Billy se levantó, asombrado. Por lo general, si un chaval se acercaba a los que estaban jugando al fútbol, siempre pensaban que era alguien que había decidido jugar también y le animaban a incorporarse.

—¡Vente con nuestro equipo! —gritaban—. ¡Ponte de portero!

—¡No, con nosotros de delantero!

Pero esta vez era diferente. No solo era como si jugaran alrededor de él, era como si jugaran ignorándole por completo, como si no existiera.

—¡Sal del terreno de juego!

—¡Deja de ponerte en medio! ¡Rodea el campo!

¡Era el dichoso vestido otra vez! ¡Lo sabía!

—¡Quiero el balón! —gritó Billy a los futbolistas—. ¡Quiero que me lo presten solo un momento; es para una apuesta!

Los partidos siempre se interrumpían cuando había una apuesta. Era la regla. Pero en esta ocasión todos se portaron como si ni siquiera le hubieran oído.

—¡Fuera, que estás en medio!

—¡Nos estás dañando el partido!

En ese momento el balón rebotó cerca de Billy, que aprovechó la ocasión, saltó y lo cogió.

—Lo necesito —explicó—. Es solo un momento.

Los futbolistas le rodearon, y no parecían precisamente contentos por la interrupción del partido. En realidad, tenían un aspecto bastante amenazador: todos alrededor de él, mirándole con cara de pocos amigos. Si esta era la clase de actitud con que las chicas estaban acostumbradas a enfrentarse, no era raro que no se alejaran mucho de la tapia y que no intentaran participar en el juego.

—Devuélvenos el balón —dijo Rogelio con expresión amenazadora.

—A ver —insistió Martín—. ¿Por qué no te quedas en tu parte del patio?

Billy, perplejo, preguntó a Martín:

—¿Y qué parte es esa?

—La parte de las chicas, por supuesto.

Billy miró alrededor. Algunas chicas seguían sentadas en el murete, otras formaban un grupo compacto en el porche y otras seguían en pequeños grupitos por

las esquinas. Ninguna se aventuraba más de dos o tres metros hacia el centro del patio. Hasta las que habían intentado pintar la rayuela para saltar a la pata coja habían renunciado y se habían marchado.

—¿Y dónde está esa parte, a ver? —preguntó Billy—. ¿Cuál es la parte de las chicas? ¿Dónde se supone que tienen que jugar las chicas?

—¡Y yo qué sé! —contestó Martín enfadado—. En cualquier sitio. Siempre que no sea donde estemos nosotros jugando al fútbol.

—¡Pero si juegan ocupando todo el patio!

Martín miró el reloj de la torre de la iglesia que estaba al lado del colegio y vio que solo quedaban dos minutos de recreo, y que su equipo iba perdiendo por un gol.

—Devuélvenos el balón, por favor —le suplicó—. ¿Qué quieres por él?

Por más que pensaba, Billy no podía entender por qué, si Martín quería el balón tan desesperadamente, no se acercaba y trataba de arrancárselo por la fuerza. Entonces se dio cuenta de que en realidad Martín no se atrevía a hacer eso. Los dos podían empezar dándose empellones y luego emprender una pelea en toda regla, y claro, nadie se pelea con una chica que lleva un vestidito rosa con frunces y botones de nácar.

Así que Billy dijo, astutamente:

—Te diré lo que quiero por él. ¡Quiero tu último pelachín!

Ante su asombro, Martín pareció encantado.

—Eso está hecho —dijo inmediatamente, rebuscando por los bolsillos.

Y le dio a Billy algo pequeño y cuadrado, envuelto en papel.

—Aquí lo tienes —dijo—. Todo tuyo. ¡Ahora dame el balón y quítate de en medio!

Billy miró lo que tenía en la mano y preguntó:

—¿Y esto qué es?

—Lo que querías, ¿no? —dijo Martín—. El último chicle de cincuenta céntimos que me queda.

En silencio, Billy le devolvió el balón. En la zona del vestido donde lo había tenido abrazado bien apretado había ahora una enorme mancha marrón.

En silencio, Billy se dio media vuelta y se alejó. Si no hubiera sido porque todas las chicas que estaban alrededor del patio le miraban, se hubiera echado a llorar.

3

¡Rosa, rosa, solo rosa!

Después del recreo tenían clase de pintura. Todos ayudaron a desdoblar los plásticos y a extenderlos encima de las mesas y luego a poner periódicos viejos encima. Después, la señorita Coll mandó a Laila al armario que había al fondo de la clase, a ver qué quedaba en la caja de los materiales.

—¿Quedan tizas de colores?

—No, se han terminado todas.

—¿Y pinturas al pastel?

—No se pueden usar. Están todavía húmedas; ya sabe, por las goteras.

—¿Hay plastilina?

—Está seca.

—Tiene que haber pinturas de cera. En todas las clases hay pinturas de cera.

—Los párvulos vinieron la semana pasada y se llevaron prestadas las nuestras, y no las han devuelto todavía.

—Está bien. Entonces tendremos que usar pinturas, como siempre.

Laila sacó como pudo del armario la pesada caja de cartón llena de tubos de pintura, y todos se apelotonaron para escoger sus colores favoritos.

—Aquí hay uno color de rosa.

—¿Qué color es ese?

—Rosa.

—Más rosa.

—Rosa.

—Aquí hay uno azul... Bueno, no. Está vacío.

—Creí que había encontrado uno verde, pero está seco.

—No hay blanco. Nunca hay blanco. No tenemos blanco desde hace mil años.

—Aquí hay otro rosa.

—Este también es rosa.

—¡Rosa, rosa, solo rosa!

Todos se levantaron del suelo decepcionados. Cristi dijo en voz alta lo que estaban pensando:

—¡Qué asco! ¡No se puede hacer nada con el rosa! No se puede pintar perros, ni naves espaciales, ni árboles, ni campos de batalla color de rosa. Ya es bastante difícil pintar

cuando se tiene solo un color, pero si solo se tiene rosa, es prácticamente imposible. ¿Qué puedes encontrar que sea solo color de rosa?

—Eso. ¿Qué hay solamente rosa?

Todo el mundo miró por la clase, buscando algo que fuera todo rosa para poder pintarlo. Algunos miraron los cuadros, los carteles y los murales que había en las paredes de la clase, otros miraron por la ventana, al otro lado del patio, donde se veía la calle y las tiendas. Uno o dos miraron a sus compañeros...

Y Cristi miró a Billy.

—¡No! —exclamó este—. ¡No, no y no! ¡Yo no! ¡Imposible! ¡Me niego! ¡No puedes hacerme eso!

Todos se volvieron para mirarle.

—¡No! —insistió Billy—. ¡Yo no soy todo color de rosa!

Ahora, hasta la señorita Coll le miraba.

—Vestido rosa —fue diciendo lentamente—. Pelo pelirrojo, pecas rosaditas y todavía más rosa ahora que te has puesto colorado. Sí, cariño, creo que nos vas a servir estupendamente. ¡Tú eres todo rosa!

—¡No soy rosa!

Pero, cuanto más lo repetía, más colorado se ponía y más sonrosado se le veía. Cuando todos estuvieron en sus asientos con sus tubos de pintura rosa en la mano, la verdad

es que no hacía falta ningún otro color para hacerle un buen retrato.

—¡Perfecto! —exclamó la señorita.

Y tomando a Billy de la mano trató de arrastrarle hacia una silla que había en el centro de la clase, para que todos pudieran verle bien mientras le pintaban.

Billy trató de resistirse tirando en dirección contraria. La señorita se volvió, extrañada ante su resistencia y, de repente, le soltó la mano. Billy vaciló y se cayó hacia atrás, justo encima de Nico, que acababa de quitar el tapón a un tubo de pintura.

Un pegote enorme de pintura voló por los aires y aterrizó en el vestido de Billy. Mientras todo el mundo miraba, la pintura fue escurriéndose poco a poco, espesa y pesada, por el vestido, despacito, dejando un rastro como el que dejan los caracoles, solo que color de rosa.

Billy observó en silencio cómo la pintura rosa caía al suelo, junto a su pie izquierdo, formando un charquito.

Huellas de dedazos sucios en el borde de la falda, una mancha enorme de barro en la pechera y ahora un churretón de pintura en un costado. Después de esto, ¿qué más podía pasarle?

La señorita Coll estudió la mancha y se encogió de hombros.

—Bueno, no importa —dijo—. Es pintura lavable. Seguro que sale bien cuando laven el vestido.

Y otra vez le cogió de la mano.

A Billy no le quedaban fuerzas para resistirse y se dejó llevar sin luchar hasta el centro de la clase.

La señorita hizo que se sentara en la sillita de madera y le puso bien el vestido.

—Así —dijo triunfante, y le puso un cuaderno color cereza entre las manos, como último toque—. ¡Rosa, solo rosa!

Dio un paso atrás para admirar su creación y repitió:

—¡Perfecto! ¿Están contentos ahora?

Billy podía haber intentado decir algo en ese momento, pero ni se molestó. Pensó que no serviría de nada. Sabía de sobra que, dijera lo que dijese e hiciera lo que hiciese, ese día horrible seguiría su curso a su manera, como en las pesadillas. Una maldición pesaba sobre él. Una maldición color de rosa. Entre todas las cosas increíbles de este mundo, le perseguía un fantasma en forma de encantador vestidito rosa con frunces y botones de nácar. No valía la pena seguir luchando. Igual que la pobre Rapunzel, atrapada en su torre de piedra, se quedaría sentado, quieto, esperando a ver qué pasaba, confiando en que alguien le rescatase.

Mientras él pensaba estas cosas, los demás niños y niñas de la clase habían empezado a quejarse.

—Si solo tenemos pintura rosa, ¿cómo vamos a pintar ese enorme chafarrinón en forma de balón de fútbol que tiene en la pechera? ¡Es marrón!

—No puedo pintar todas esas manchas de dedos que tiene en el bajo del vestido, porque son negras.

—¡Los botoncitos de nácar son muy difíciles de pintar!

—Me han salido demasiadas pecas, ¿qué hago ahora?

—Espera que se sequen, y luego quítale algunas.

Billy hizo como si no oyera. Se limitó a seguir quieto, sentado en su sillita, dejando

que pasara el tiempo. La pesadilla no duraría toda la vida. Estaba seguro de que esta tortura acabaría alguna vez.

Después de una media hora, la señorita Coll pasó por su lado llevando un frasco con agua limpia para la mesa número dos.

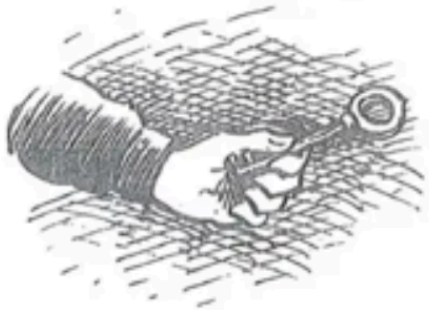
—Trata de no poner esa cara de angustia, cielo —le dijo al oído al pasar—. Estás estropeando los trabajos de tus compañeros.

Billy se sentía demasiado desconsolado y derrotado para intentar poner una cara realmente fea a la señorita cuando esta se dio la vuelta.

4

¿Cómo se puede vivir sin bolsillos?

A lo mejor fue porque la señorita Coll se dio cuenta de lo harto que estaba, o quizá fue porque le estaba agradecida por haber estado tan quieto durante tanto tiempo y por ser todo tan color de rosa. O a lo mejor, simplemente, Billy fue el primero en el que se fijó. El caso es que, por la razón que fuera, la señorita eligió a Billy para que fuera a devolver la llave a secretaría.



—Muchas gracias por ayudarme —le dijo, dándole la llave—. Solo tienes que dársela a la señorita Bandeira. Está esperándola. Y vuelve enseguida.

Todos levantaron la cabeza de sus libros de matemáticas y le miraron con envidia cuando salió de clase, cerrando la puerta tras de sí con fuerza.

Fuera, en el pasillo desierto, Billy tuvo un pensamiento, y solo uno: ¡los baños! Fue avanzando despacito, sin hacer ruido. ¿Debería torcer a la izquierda y entrar en los de los chicos, arriesgándose a pitidos y abucheos si alguien le encontraba allí con su vestido rosa? ¿O debería torcer a la derecha y entrar en los de las chicas, sabiendo que para un chico solamente el acercarse a la puerta de estos baños suponía arriesgarse a meterse en un lío horrible?

Los baños de las chicas eran más independientes. Al menos en ellos podría luchar con el vestido en paz...

Billy se decidió por estos. Mirando hacia atrás por encima del hombro, como un espía de las películas antiguas en blanco y negro, se metió apresuradamente en los baños de las chicas.

Cuando dos minutos más tarde se asomó por las puertas de vaivén de los baños, el pasillo seguía vacío. Suspiró aliviado y salió. Ahora que por fin había recuperado la calma decidió ir despacito, paseándose hacia la secretaría, jugueteando con la llave y parándose a mirar todos los murales que había colgados en las paredes. Después de su entrada y salida como un rayo en los baños de las chicas —que había sido de infarto—, ahora se merecía un respiro.

Pero justo al doblar la esquina del pasillo, ¿a quién vio salir del cuarto del material? Al director, por supuesto.

Billy enseguida adoptó una actitud más marcial; se enderezó, levantó la barbilla y aceleró el paso. Ya casi había pasado delante del director sin problemas cuando este le paró y, poniéndole una mano en la cabeza, le dijo:

—Hoy te veo muy formal y responsable. No vas de paseo y mirando a los murales, perdiendo el tiempo. ¿Vas a secretaría a llevar algo de parte de tu profesora? ¿Serías tan amable de llevar también estas tintas de colores a la señorita Bandeira de mi parte?

Y le mostró una serie de pequeños tinteros de cristal.

Billy extendió la mano que le quedaba libre y el director le puso en la palma los delicados frasquitos.

—Que no se te caigan por nada del mundo —le advirtió. Y, sin más, se volvió a meter en el cuarto del material.

Billy siguió su camino. Estaba empezando a bajar las escaleras cuando se encontró con la enfermera que subía con un montón de fichas médicas debajo del brazo, a la carrera como siempre. Solía andar más rápido que la mayoría de la gente.

—¡Justo lo que necesito! —exclamó al ver a Billy—. Alguien que me lleve estas fichas a secretaría. Así yo puedo volver con los párvulos antes de que suene la campana.

No se lo pidió en realidad, ni tampoco se paró a ver si Billy podía. Se limitó a largarle el montón de fichas y se fue corriendo a toda prisa.

—Están en orden alfabético —dijo, volviendo la cabeza—. Así que, por lo que más quieras, ¡que no se te caigan!

—Menudo problema —pensó Billy—. Un movimiento en falso y todo se me caerá al suelo: la llave, los tinteros de cristal, las fichas en orden alfabético. Todo. Tendría que meterme la llave y los tinteros en los bolsillos.

¿Bolsillos?

Muy despacito, Billy se puso en cuclillas y dejó el montón de fichas en el suelo, con

cuidado de no perder la llave ni de que se le cayeran los tinteros.

Y empezó a buscar los bolsillos por todo el vestido. Buscó y buscó por los pliegues de la falda y debajo de los frunces, por aquí y por allá, y por cualquier sitio donde pudiera esconderse un bolsillo. Pero, aunque sintió cómo la tela se rasgaba un par de veces y metió la mano por los agujeros que había hecho sin querer, no había ningún bolsillo por ninguna parte.

Nada. Ni uno solo. Metros y metros de tela. Pliegues, frunces, lazos, festones, bodoques, pero ni un solo bolsillo. La persona que había diseñado el vestido se había molestado muchísimo en hacer que el cuello fuera de la misma tela que los puños, en coser una cremallera en un costado de manera que fuera prácticamente invisible y en poner en el cuello y los puños unos botoncitos de nácar para que no le apretasen y se lo pudiera poner cómodamente.

¡Pero no se había molestado en poner un bolsillo!

Billy no salía de su asombro. ¿Cómo se podía sobrevivir con un vestido como ese? ¿Cómo esperaban que saliera adelante sin bolsillos? Y seguramente ese no era el único vestido que habían hecho así. Otras personas llevarían vestidos por el estilo. ¿Dónde guardaban el dinero, por todos los santos del cielo? ¿Lo llevaban todo el día en la mano, sudado y pringoso? ¿Dónde metían los caramelos que les daban los amigos, si querían guardarlos para más tarde? ¿Qué hacían si alguien les devolvía el sacapuntas, por ejemplo, durante el recreo?

¿Cómo se puede vivir sin bolsillos? ¿Cómo, cómo?

Billy se echó las manos a la cabeza y gimió desesperado.

Luego trató de reaccionar. Esa situación no podía durar toda la vida. No podía seguir así. Un chico no podía convertirse en chica y quedarse así sin que nadie —ni su madre, ni su profesora, ni sus compañeros de colegio— notara ninguna diferencia. Tenía que ser un mal sueño. Desde luego, era como una pesadilla.

Decidió mantener la calma y la tranquilidad, y esperar a que pasara la horrible situación. A partir de ahora se limitaría a hacer lo que tuviera que hacer en cada momento.

Y lo que tenía que hacer en ese momento era conseguir llegar a la secretaría con las cosas en su orden y en buen estado.

Billy recogió las fichas. Encima, en el centro, puso los tinteros, para que no pudieran rodar y estrellarse en el suelo. Entre los tinteros puso la llave, para que no pudiera caerse por un costado. Y así, con mucho cuidadito, siguió andando por el pasillo, hacia la secretaría.

Antes de que hubiera dado diez pasos oyó unos golpecitos en el vidrio de una de las ventanas.

Se volvió para mirar y vio que era el encargado de la limpieza, que se asomó y le dijo:

—¿Vas a la secretaría, verdad? Hazme un favor. Lleva estas pelotas de tenis a la señorita Bandeira y dile que las guarde.

Y sin esperar a que Billy protestase, puso siete pelotas de tenis encima del montón de cosas que llevaba con tanto cuidado.

Billy se quedó quieto un momento, reorganizándose. Dejó que las fichas formaran una hondonada en medio, para que las pelotas se

agruparan allí, sin rodar en todas direcciones. Luego, con más cuidado todavía que antes, pasito a paso, emprendió otra vez el camino hacia la secretaría.

Cuando le faltaban solo unos pocos metros, Billy vio que la señorita Bandeira levantaba la cabeza de la máquina de escribir y miraba a través de la puerta abierta, observando cómo avanzaba poco a poco hacia ella, centímetro a centímetro, sin levantar apenas los pies del suelo.

Cada paso parecía durar una eternidad. Todas las cosas que llevaba apiladas sobre sus brazos se tambaleaban peligrosamente. Lo que estaba arriba parecía escurrirse peligrosamente hacia los bordes.

—¡Caramba! —dijo la señorita Bandeira, mirando cómo avanzaba a paso de caracol—. ¡Qué cuidadoso eres, intentando no manchar de tinta tu precioso vestido!

No fue culpa de Billy, sino que ocurrió porque ella dijo lo de "precioso vestido". Algo así como un escalofrío de furia le recorrió todo el cuerpo e hizo que le temblaran las manos.

5

La pelea

Llovió durante la hora del almuerzo. El cielo se puso gris, las ventanas se empañaron y comenzó a oírse el ruido de las gruesas gotas de agua, que sonaban como disparos de metralleta al golpear la claraboya.

Y, encima, la señorita Coll se puso de muy mal humor, como solía pasarle siempre que llovía durante el recreo.

Todos conocían los síntomas: las cejas confluían como agujas de hacer punto sobre la nariz, las arrugas de la frente se convertían en profundos surcos y fruncía los labios como si la boca fuese una bolsa cerrada por un cordón.

Todos sabían que no era el momento de armar líos. Mientras la lluvia seguía golpeando con fuerza en los vidrios de las ventanas, todos andaban silenciosos de un lado para otro de la clase, tratando de aparentar que hacían algo útil o práctico, o por lo menos algo tranquilo.

Alguien decidió sacar del armario la caja de los cómics viejos y los libros ilustrados.

Nadie quería hacer ruido o armar lío a propósito. Lo que todos querían era, simplemente, ir a la caja, meter la mano y coger uno o dos de sus cómics preferidos. Nadie tenía intención de acabar empujando y dando empellones y codazos a los otros, al tratar por todos los medios de meter una mano en la caja y agarrar su cómic favorito antes de que se lo quitaran. Nadie quería armar adrede el revuelo que se armó.

—¡Silencio! —rugió la señorita Coll—. ¡Todos a sus sitios! Yo repartiré los cómics.

Cuando se acercó, todos se alejaron a escape de la caja de los cómics y fueron a ocupar sus lugares preferidos. Talila y Cristi se sentaron juntas, encima de las tuberías de la calefacción. Flora se acomodó en el alféizar de la ventana. Felipe y Nico se acostaron en el suelo debajo de la mesa número cinco. Billy, que normalmente se hubiera unido a estos en cualquier otro día lluvioso, miró todas las manchas, chafarrinones y rotos que ya tenía su vestido rosa, luego miró el suelo sobre el que se habían acostado sus amigos, lleno de porquería y restos de barro, y lo pensó mejor.

Se sentó alejado de los demás, con el respaldo de su silla apoyado en la pared, y esperó a que la señorita repartiera los libros y los cómics.

Estaban todos muy sobados y con las esquinas dobladas. La señorita Coll los sacó de la caja con un ligero gesto de asco, y empezó a repartirlos por la clase. Como todos, Billy deseó con todas sus fuerzas que pasara por su lado primero, pero no tuvo suerte. Comenzó por el otro lado y tardó siglos en dar la vuelta.

Primero repartió todos los *Asterix*, por supuesto. Luego todos los *Tintín*. Dio un *Príncipe Valiente* y un *Lucky Lucke*, luego varios *Spirou* y algún *Goomer*.

Para cuando llegó donde estaba Billy, quedaba ya muy poco donde escoger.

—¿Quieres *La sirenita?* —le ofreció—. ¿O prefieres *Barbie* o *Los osos cariñositos?*

En su cara podía verse que estaba de malas pulgas y que no era momento de discutir con ella, así que Billy se limitó a responder fríamente:

—Déme un *Dragones y mazmorras*, por favor. O un *Superman*.

—Ya no queda ningún *Superman* —le contestó, buscando entre los últimos tres o cuatro cómics que quedaban—. Tampoco me queda ninguno de *Dragones y mazmorras*. Creí que tenía todavía algún *Mot*, pero se lo he debido de dar a Rogelio.

Le alargó un *Bibí*, diciéndole:

—Toma, aquí tienes este. Te gustará. Mira qué nuevo está —y sin más se volvió a su mesa.

Billy miró el cómic que tenía en las manos y no le gustó nada la pinta que tenía. No le apetecía leerlo. Los *Bibí* no eran nada interesantes. Quería un *Asterix*, un *Tintín* o un *Dragones y mazmorras* y ningún otro.

Melisa estaba sentada cerca, muy concentrada leyendo un *Asterix*. Billy se inclinó hacia ella y la llamó:

—¡Eh, Melisa! —dijo bajito—. Aquí tengo un *Bibí* casi nuevo, con todas las páginas. ¿Quieres cambiármelo por el que estás leyendo?

Melisa le miró por encima de su cómic, con unos ojos cada vez más grandes al ir dándose cuenta de que lo decía en serio.

—¡No molestes! —le contestó, y siguió leyendo su *Asterix*.

Billy hizo un intento por el otro lado.

Flora estaba sentada encima de un *Tintín* mientras leía otro.

—¡Flora! —la llamó Billy—. ¿Te gustaría un *Bibí*?

—No, muchas gracias —contestó Flora muy educada, sin ni siquiera levantar la vista de lo que estaba leyendo.

Billy decidió intentarlo con los chicos.

—¡Rogelio! —susurró—. ¡Eh! ¡Rogelio! Te cambio este cómic casi nuevo por ese *Mot* que tienes tan viejo, casi sin páginas.

—¿Qué tienes? —preguntó Rogelio—. ¿Es un *Príncipe Valiente*?

—No —confesó Billy—. No. Es un *Bibí*.

Rogelio se limitó a hacer un gesto de burla y siguió leyendo. Sin duda, creyó que estaba bromeando.

Billy hizo un último intento.

—Martín, cuando hayas terminado ese *Goomer* que estás leyendo, ¿me lo cambias por este?

Martín le contestó.

—Sí, por supuesto. ¿Tú qué tienes?

Billy, con la voz más bajita que pudo, dijo:

—Tengo un *Bibí*.

—¿Qué? —preguntó Martín—. ¿Qué dijiste?

Billy lo tuvo que repetir todo otra vez.

Martín se rio descaradamente.

—No, gracias —dijo—. No, muchas gracias. Prefiero cambiar mi cómic por el *Asterix* que tiene Melisa.

Y siguió leyendo.

Billy le echó la culpa a la señorita Coll. Aunque no podía demostrarlo y no se atrevía a preguntarlo, estaba completamente convencido de que si no hubiera llevado un vestido color de rosa nunca hubiera acabado con el *Bibí*. La señorita Coll podía haber arreglado las cosas de otra manera. Podía haber ordenado a Flora que le diera el *Tintín* sobre el que estaba sentada, para que se fuera entreteniendo. O podía haberle sugerido a Rogelio que Billy y él se sentaran juntos para leer el *Mot* al mismo tiempo.

No podía demostrarlo. No, no podía. Pero sentía la misma rabia a pesar de todo.

Era imposible hacer nada. Era demasiado tarde. Todos estaban leyendo tan tranquilos y la señorita Coll no tenía aspecto de estar dispuesta a escuchar quejas así como así. Podía pasar toda la hora del almuerzo tratando inútilmente de que alguien le cambiara su *Bibí* por otro cómic, o podía renunciar a intentarlo y ponerse a leerlo.

Así fue como decidió empezar a leer su *Bibí*.

Descubrió que no estaba nada mal. Leyó la historia de la maestra malvada que cambiaba los exámenes para que su hija, que era una mimada y una estúpida, ganara la única plaza que había para la universidad. Leyó la historia de la valiente gitanilla huérfana que guiaba a su caballo cojo, por la noche, con mucho cuidado a través de una zona en guerra muy peligrosa. Y ya estaba muy concentrado leyendo una historia divertidísima, sobre tres chicas que de repente se habían encontrado con que debían ocuparse de un hipopótamo enorme que tenía un hambre todavía más enorme, cuando una sombra oscureció la página que leía.

Era Flora, que le ofrecía un *Tintín*.

—¿Quieres cambiar?

—Enseguida, en cuanto termine este.

—Ahora o nunca —dijo Flora.

—Bueno, de acuerdo —dijo Billy.

Un poco a regañadientes —no le habría importado nada averiguar lo que el hipopótamo se comía a continuación— Billy entregó su *Bibí* y cogió el *Tintín*. Acababa de pasar la primera página cuando otra sombra se proyectó sobre él. Era Rogelio, que estaba de pie a su lado.

—Toma. Toma este y dame el que tienes tú —dijo, mostrándole un ejemplar de *Barbie*.

—No, gracias —dijo Billy, y siguió leyendo.

—A ver —dijo Rogelio—. No seas rata. Cámbiame tu cómic. Yo no quiero este.

—Tampoco lo quiero yo.

—No lo has leído.

—Estoy leyendo este otro.

Y Billy agitó el *Tintín* ante la cara de Rogelio.

Ese fue su primer gran error. El segundo fue no moverse lo bastante deprisa cuando Rogelio alargó la mano para quitarle el cómic, agarrándolo con fuerza por la parte de arriba.

—¡Suelta mi *Tintín*!

—¡No seas tan rata!

—¿Rata yo? ¿Y por qué voy a tener que darte a ti mi *Tintín* y quedarme con esa birria de *Barbie* que tienes tú?

—Porque a ti a lo mejor te gusta —dijo Rogelio—. En cambio a mí seguro que no.

Billy por fin se dio cuenta de a qué se refería. Era el vestido otra vez. Era increíble. ¿No había tenido suficiente ya con todo lo que le había sucedido durante la mañana?

¿También le iban a estropear el recreo de mediodía solo porque llevaba ese estúpido vestido, que era como una maldición? ¡Si eso es lo que pasaba cuando ibas al colegio con un vestido rosa con frunces, no era extraño que todas las chicas fueran con vaqueros!

A Billy se le había acabado la paciencia.

—Suelta mi cómic —advirtió a Rogelio en voz baja pero amenazadora—. Suéltalo o te doy un puñetazo que te vas a acordar.

Por toda contestación, Rogelio tiró más fuerte.

El *Tintín* empezó a romperse.

—¡Suéltalo! —repitió Billy.

Rogelio tiró todavía con más fuerza, y Billy le sacudió: cerró el puño y le dio a Rogelio un puñetazo en el hombro con todas sus fuerzas.

Rogelio gritó de dolor y soltó el cómic.

Aunque el corazón le latía tan fuerte que no le dejaba ver los dibujos, y mucho menos lo que estaba escrito, Billy hizo como si volviera a leer tranquilamente su *Tintín*.

Hasta que Rogelio le dio una patada.

En realidad, la patada no llegó a tocarle a Billy, ya que el pie de Rogelio se enganchó en los pliegues del vestido, pero dejó una huella grande y negra con el dibujo de sus botas en la delicada tela. En cualquier caso, le había dado una patada.

Billy se enfureció. Se puso de pie de un salto y empezó a pegarle a Rogelio con todas sus fuerzas. Rogelio se defendió con los puños y, en cosa de segundos, tenían armada una pelea de miedo.

El barullo era tremendo. Todos gritaban al mismo tiempo: unos preguntaban quién había empezado; otros animaban a los contrincantes, y algunos les decían que parasen.

Y de repente, en un momento en que los dos se atizaban de lo lindo, los que estaban alrededor se quedaron callados. Era la primera pelea gorda de verdad que se organizaba en la clase, y estaban sobrecogidos. A nadie le sorprendía ver de vez en cuando dar una patada con disimulo en las espinillas, y todos habían visto alguna vez poner zancadillas a propósito, o dar empujones.

Pero nada como esto. No una pelea en toda regla. Nunca.

Fue la señorita Coll la que acabó con ella. Atravesó la clase hecha una furia, agarró a cada uno por un hombro y los separó.

Estaban los dos rojos de ira.

—¡Cómo se atreven! —gritó—. ¡Cómo se atreven!

Ella estaba enfurecida también. Nadie la había visto nunca tan furiosa. Su mal humor de los días lluviosos se había convertido en ira y parecía que iba a matar a alguien. Le brillaban los ojos, la nariz parecía habérsele afilado y la boca se le había fruncido hasta casi desaparecer.

—¡Cómo se atreven!

Rogelio y Billy seguían mirándose amenazadores.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Quién ha empezado esta pelea?

—No ha sido culpa mía —gruñó Rogelio—. Yo no he empezado.

—¡Sí que has sido tú! —rugió Billy, enseñándole los puños otra vez—. ¡Tú me has dado una patada!

Y enseñó a todos la huella de la bota de Rogelio en su vestido.

—Primero tú me diste un puñetazo —insistió Rogelio frotándose el hombro para tratar de inspirar lástima.

Pero a la señorita no pareció impresionarle nada lo que decía. Ni siquiera pareció oírle mientras inspeccionaba atentamente la huella de su pie en el vestido de Billy.

—Esto está muy mal, Rogelio —le dijo—. ¡Pero muy mal! Para dejar una huella tan clara como esta en el vestido tienes que haberle dado una patada muy fuerte.

—¡Él me dio un puñetazo primero!

Pero los lloriqueos de Rogelio no sirvieron de nada. La señorita puso cara de desprecio y, aunque no dijo nada, casi se podía oír lo que estaba pensando: "¿Cómo puede un golpecito de nada en un hombro, dado por alguien que lleva puesto un vestidito rosa, justificar un patadón semejante de alguien que lleva esas botazas?".

"¡Vaya! —pensó Billy—. Puede que llevar un vestido tenga alguna ventaja".

Sin embargo, lo bueno no duró mucho. La señorita los castigó a los dos. Mandó que se sentaran uno al lado del otro y que copiaran *Pelearse es de salvajes* con su mejor letra, una y otra vez, hasta que sonó la campana.

Mientras escribían, los dos tenían la misma expresión enfurruñada. Los dos estaban furiosos por la enorme injusticia que sufrían. Cualquiera que los viese pensaría que eran hermanos gemelos, igual de malencarados y malhumorados.

De vez en cuando, alguien pasaba de puntillas y decía a Rogelio al oído:

—¡Tienes cara de estar muy furioso!
Sin embargo, a Billy le susurraban:
—¡Tienes cara de estar muy triste!

6

Que gane Pablo

En el momento en que sonaba la campana indicando que el recreo de después de comer había terminado, el sol empezó a brillar de nuevo. Salió resplandeciente de detrás de una nube de bordes plateados, iluminando todo el patio.

Los charcos se evaporaron poco a poco y luego desaparecieron; las manchas de humedad del murete del patio de preescolar se secaron, y los tejados relucían, reflejando los rayos del sol como si fueran espejos.

La señorita Coll miró por la ventana, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Luego, volviéndose hacia los niños, dijo:

—Dejen los trabajos y recojan todo. Da igual que haya acabado la hora del recreo. Vamos afuera antes de que empiece a llover otra vez.

Los niños no podían creer lo que oían. La señorita casi siempre cumplía el horario, que estaba colgado en la puerta de la clase. Era dificilísimo conseguir que les dejara tiempo libre para hacer adornos de Navidad o los decorados cuando hacían una función. Y ahora, sin embargo, les ofrecía pasar una hora más o menos al sol y al aire sin que nadie se lo pidiese.

Nadie protestó. Apilaron todos los libros ordenadamente y guardaron las plumas y lápices.

—¡Vamos a correr! —dijo la señorita—. Hace muchísimo tiempo que no hacemos carreras.

Bajaron las escaleras, salieron al patio y fueron en silencio a la parte de atrás del edificio de preescolar, donde había césped. Es mucho más agradable correr sobre la hierba, y además esa pradera no se veía desde las ventanas de las otras clases, donde los otros niños estarían pegados a sus libros y sus cuadernos. Allí sí que podrían disfrutar de lo lindo.

Hubo carreras de todo tipo, una detrás de otra, tan deprisa como se le ocurrían a la señorita: los rubios contra los morenos, los de pelo liso contra los de pelo rizado...

—¡Ahora los que llevan vestidos contra los que llevan pantalones! —gritó la señorita, mirando alrededor.

Pero solo Billy llevaba vestido.

—¡Vaya, imposible! —se lamentó—. ¡Esa carrera queda suspendida. Habrá que pensar en otra cosa!

Algunos lo hicieron. Los que llevaban alguna prenda de color rojo corrieron contra los que no llevaban nada de ese color; los que preferían los gatos a los perros contra los que preferían los perros a los gatos; los cinco primeros de la clase (por orden alfabético) contra los cinco siguientes, y así una detrás de otra.

En las primeras carreras, Billy trató de ir más lento para que no se le levantase mucho la falda del vestido, pero, al cabo de un rato, eso dejó de importarle. Pensó que si llevara pantalones cortos no le importaría enseñar las piernas, así que no iba a dejar de ganar una buena carrera por la tontería del condenado vestidito. Lo más probable es que al día siguiente todo volviera a ser como antes; ¡y seguro que no volvían a hacer carreras!

Pronto, todos se sintieron mejor, no solo Billy. Se les desentumeció el cuerpo, se les despejó la cabeza y se sintieron más optimistas. Hasta Pablo, que había tenido una enfermedad grave cuando era pequeño y apenas podía correr, brincaba y se divertía aunque llegara el último.

También la señorita Coll estaba de mucho mejor humor.

—¡Los que tienen en sus casas cubos de basura contra los que sacan la basura en bolsas de plástico!

En todas las casas se usaban bolsa de plástico, así que todos se pusieron en fila.

—Otra vez hay demasiados en un mismo equipo —dijo la señorita—. Habrá que hacer eliminatorias.

Como siempre, los dividió en grupos de cinco y sobró uno, que esta vez fue Pablo, así que le mandó que corriera una eliminatoria

él solo. Lo hizo a su manera, con sus curiosos brincos y zancadas, tirándose al suelo feliz al cruzar la meta.

—¡He ganado mi eliminatoria! —gritó—. ¡Paso a la final!

La señorita Coll, toda sofocada, se retiró el pelo de la cara y dijo:

—Un descansito antes de la final. Quédense todos aquí bien calladitos mientras entro un momento. ¡Que no oiga ni un murmullo! —y entró corriendo a beberse un vaso de agua.

Billy se acostó, remetiéndose bien el vestido debajo de las piernas. La hierba le hacía cosquillas en los brazos y el cuello; unas grandes nubes pasaban por el inmenso cielo azul y una brisa suave acariciaba su cara. Se sintió feliz y contento.

Oyó que Astrid le decía al oído.

—Tú ganaste tu eliminatoria y estás en la final, ¿verdad? Yo también. Y Talila y Cristi.

—Y Pablo —le recordó Billy a Astrid—. Él también ha ganado su eliminatoria.

Entornó los ojos mirando al sol para conseguir que le lagrimeasen y así ver el arcoíris entre las pestañas.

—Ganará Cristi —dijo Astrid—. Es la mejor corredora de la clase, y yo he ganado solo porque Nico tropezó.

—Las carreras no son ni la mitad de divertidas cuando todo el mundo sabe de sobra quién va a ganar —dijo Talila.

—Pues peor tiene que ser si eres como Pablo y sabes que vas a perder —murmuró Cristi—. ¡Seguro que no ha ganado una carrera en toda su vida!

Billy parpadeó para borrar el arcoíris. Ahora las nubes adoptaban formas curiosas: de un cerdo, una jarra, una serpiente de tres cabezas, una tienda de campaña india...

A su lado, las chicas formaban un corrillo y seguían cuchicheando.

—¿Qué pasaría si Pablo ganara?

—¡Se volvería loco de contento!

—¡Y su madre no digamos! Es tan simpática. Todas las mañanas me ayuda a cruzar la calle.

—Creería que habíamos hecho trampa para que su hijo ganara. Y también lo creería Pablo.

—No si lo hiciéramos bien.

—No si lo planeamos bien para que parezca de verdad.

Billy apenas escuchaba. Seguía contemplando las nubes. Miraba cómo la serpiente de tres cabezas flotaba en el ancho cielo y poquito a poco se iba convirtiendo en una carretilla gigante.

A su lado, los cuchicheos seguían y seguían.

Entonces, Cristi dijo de repente.

—Eso es. Está decidido.

Y, volviéndose hacia Billy, le dijo muy seria.

—Entonces no te olvides. Justo cuando te vayas acercando a la meta, haces como si te diera un calambre muy fuerte en un costado. De repente, te paras, finges que no puedes seguir y dejas que Pablo te adelante. Dejas que Pablo gane la carrera. ¿Está claro?

Billy miró por última vez a su nube con forma de carretilla. Una de las varas estaba desapareciendo.

—Está bien —contestó.

Dejar que Pablo ganara no era precisamente lo que él consideraba una carrera divertida, pero así eran las chicas. Ponlas en un grupo y diles que hablen bajito, y seguro que se les ocurre alguna idea brillante como esa.

Pero, en fin, ¿qué importaba en una tarde tan buena? Además, si eso hacía feliz a Pablo, ¡pues que ganara la carrera!

—¡Preparados!

La señorita volvía y todos se pusieron en pie de un salto. Astrid miró a Billy horrorizada.

—¡Tienes todo el vestido lleno de manchas de hierba por la espalda! —le dijo—. ¡Y son de las que no se quitan con nada!

Billy se encogió de hombros y se dirigió a la línea de salida de la carrera. Pablo ya estaba allí, dando saltitos, todo nervioso. Astrid, Talila y Cristi ocuparon sus puestos.

—¡Listos!

Cristi se volvió a Billy y le dijo bajito, con una sonrisa de complicidad:

—Que tengas mala suerte.

Por toda respuesta, Billy le guiñó un ojo.

—¡Ya!

Talila, Cristi y Billy empezaron a correr. Pablo salió disparado, dando uno de sus extraños saltos y, en cuanto que adelantó a Astrid un par de metros, esta se apartó hacia un lado, se dejó caer y rodó por el suelo agarrándose un pie.

—¡Ay, mi tobillo! —gimió, pero en voz baja, para que Pablo no la oyera y se volviera para ayudarla—. ¡Se me ha torcido el tobillo y ya no puedo correr!

Y se levantó tan contenta y se fue cojeando, con el pie que no era, hacia donde estaban los demás esperando.

—¡Qué mala suerte!

—¡Bueno, Astrid, no importa!

A la cabeza de la carrera, Cristi y Talila parecían luchar por el primer puesto. Unas veces era Cristi la que llevaba la delantera; otras, Talila. Ahora era Cristi la que iba en cabeza. Pero justo cuando parecía que Cristi iba a pasar a Talila, las dos chicas chocaron y sus piernas y tobillos se enredaron.

Cayeron juntas al suelo y rodaron una y otra vez por la hierba, riéndose a carcajadas.

Cuando Billy llegó a su altura, rodaron como por casualidad delante de él y le obligaron a pararse. Dos veces trató de evitarlas, y las dos veces ellas rodaron quedando delante de sus pies. Pablo estaba ya a punto de alcanzarlos. Billy, por fin, consiguió saltar por encima de aquel lío de piernas y brazos. Al hacerlo, vio como Cristi le guiñaba un ojo.

¡Claro! ¡Casi se había olvidado de que tenía que dejar que Pablo ganara!

Ahora solo quedaban en la carrera Pablo y él. Tendría que ir retrasándose y dejando que Pablo le adelantase. La meta ya no estaba muy lejos. Ya había recorrido la mitad del circuito.

Era el momento.

Trató de correr más despacio, pero no pudo. Era curioso; podía correr a buen ritmo, como una máquina bien engrasada, saltar sobre los matojos sin ni siquiera pensarlo, incluso podía esquivar lo que brillaba por si eran vidrios, pero no podía correr más despacio. Era superior a sus fuerzas.

No podía dejar que Pablo ganara.

Y no era que importara quién ganara la carrera. Lo sabía de sobra. Se puede organizar una carrera entre los que van andando al colegio contra los que van en autobús o en carro, pero en el momento que hay un ganador ya nadie se acuerda de cuál fue el origen de la carrera.

Así que no importa.

Pero, a pesar de todo, no podía correr más despacio y dejar que Pablo ganara. Sería una ridiculez, pensó. Todo el mundo se daría cuenta y sería muy violento para Pablo.

Entonces se acordó de que no se trataba de que corriera más despacio. Las chicas lo habían planeado todo antes de que la

carrera empezase. Sabían de antemano que sería incapaz de correr más despacio. Billy tuvo que reconocer que habían pensado en todo; desde luego, las chicas eran listas.

Lo que tenía que hacer era fingir que le daba un calambre, y ya estaba.

Vale.

¡Pero tampoco podía hacer eso! Y ya le quedaba poco tiempo. Casi había dado toda la vuelta al circuito y la meta estaba a la vista, a solo unos pocos metros. Y toda la clase estaba allí, mirando.

Pero no podía pararse así de repente, doblándose y gesticulando, agarrándose el estómago como si tuviera un dolor horrible, como si le hubiera dado un calambre espantoso en un costado.

No es que no pudiera hacer una buena representación, o que le fuera a dar vergüenza hacer esa comedia. Es que era superior a sus fuerzas dejarse ganar. Así de sencillo. Al frente estaba la meta, aquí estaba él y allí estaba Pablo, muy atrás. Lo que sucedía era que él, Billy, quería llegar a la meta el primero. Eso era todo. No quería dejar que ganara Pablo.

¡Quería ganar él!

Faltaban diez metros. Ahora o nunca. Las chicas iban a matarle si no hacía lo que habían acordado.

Cinco metros. Ahora o nunca. Seguro que a las chicas, si hubieran llegado a ese punto, también les habría resultado difícil pararse y perder la carrera.

Tres metros. Ahora o nunca.

Un metro. Ahora.

¡Ya! Y cruzó la meta.

(Nunca).

Por su cara se extendió una sonrisa de triunfo. ¡Había ganado! ¡Había ganado!

Cerró los ojos, para así poder gozar mejor con el sonido de los aplausos y los vítores.

Al abrirlos, se encontró con la mirada fría y hostil de Astrid. Y la de Cristi. Y la de Talila.

Todos estaban felicitándole y aplaudiendo como locos, menos tres pares de ojos que le miraban acusadores.

Les había fallado lamentablemente. Era como si hubiera hecho trampa para ganar la carrera. Y puesto que las tres habían abandonado una detrás de otra, esperando que él hiciera lo mismo, en realidad la había ganado injustamente. Si todos hubieran corrido bien, casi seguro que habría ganado Cristi.

La sonrisa victoriosa se borró de la cara de Billy enseguida. Se sintió muy poca cosa, mezquino, egoísta. Se sintió avergonzado.

Pero mientras Billy seguía allí hecho polvo, hurgando en las florecitas bordadas de su vestido rosa, sintiéndose muy mal y deseando que todos dejaran de una vez de aplaudir, Pablo seguía recorriendo valientemente el último tramo de la carrera con su extraño estilo. Y parecía de lo más feliz, con una gran sonrisa en la cara. Podía decirse que se le veía radiante.

Atravesó la meta lanzándose al suelo, y allí se quedó acostado de espaldas como una tortuga, mirando feliz al cielo.

—¡Segundo! —gritó triunfante—. ¡He llegado el segundo! ¡El segundo!

Ahora, todos vitoreaban y aplaudían a Pablo. Billy se unió a ellos, gritando y aplaudiendo más fuerte que nadie.

—¡Bravo, Pablo! —le felicitó—. ¡El segundo!

Se agachó para ayudarle a levantarse. Se tambaleaba un poco después de la carrera, no se sabía muy bien si de la emoción o del agotamiento. Billy no estaba seguro, pero la señorita Coll, después de echar una

mirada a las piernas delgadas y temblorosas de Pablo, dijo:

—¡Ya está bien! ¡Esta ha sido la última carrera! ¡Enhorabuena a todos!

Y volvieron felices a clase. Astrid y Talila se pusieron una a cada lado de Pablo justo a tiempo de oírle decir emocionado:

—Nunca hasta ahora había llegado el segundo en una carrera. ¡Nunca!

Cristi se acercó a Billy y le apartó disimuladamente a un lado.

—¿Lo que dijimos te entró por un oído y te salió por el otro, verdad? —le regañó—. Estabas allí en el suelo mirando a las nubes, pensando en las musarañas. ¡Se suponía que tenías que hacer como si te diera un calambre! ¿No?

—Lo siento —contestó Billy.

—Bueno, no importa —dijo Cristi—. En realidad, así ha resultado mejor. Si Pablo hubiera llegado el primero, podría haber sospechado algo.

Y volviéndose dijo, mirándole fijamente a los ojos:

—Es solo que... No sé... No sé...

—¿Qué es lo que no sabes?

Cristi sacudió la cabeza y dijo, suspirando:

—Es que, en cierto modo, hoy pareces diferente. No acabo de caer en qué es lo que tienes hoy de raro. Pero no eres como siempre.

Y se volvió para seguir su camino. Billy alargó el brazo para tratar de detenerla.

—¿Y cómo soy yo? —le preguntó con desesperación—. ¿Quién soy yo?

Pero Cristi, la corredora más rápida de la clase, ya se le había escapado.

7

Todo acaba bien

Quizá el día había sido más agotador de lo que él creía, o quizá las tareas escolares habían sido más difíciles que otras veces. Billy no estaba seguro, pero el caso es que había tenido suficiente. Estaba deseando llegar a casa. Había sido el día más espantoso de su vida, y estaría encantado cuando hubiera terminado.

Las manecillas del reloj parecían no avanzar. Cada vez que miraba, apenas se habían movido. Era como si la tarde no fuera a acabar nunca... nunca.

Pero, por fin, la campana sonó. Después del griterío habitual y del ruido de arrastrar las sillas y cerrar las tapas de los pupitres, todos se dirigieron hacia la puerta.

Cuando Billy pasó al lado de la señorita Coll, esta le retuvo un momento para decirle algo.

—Todavía no acabo de ver claro qué es lo que tienes —dijo—. Pero me parece que no estás bien del todo. ¡Esperemos que mañana todo vuelva a ser como siempre!

—¡Eso! —exclamó Billy, completamente de acuerdo—. ¡Esperemos que todo vuelva a ser como antes!

Sin embargo, tenía sus dudas. Tristón y desalentado, Billy se fue andando hacia la salida del colegio, arrastrando los pies. Al llegar a la puerta, vio a Pablo que daba saltos de alegría junto al cochecito de su hermana pequeña, mientras contaba, todo emocionado, lo de la carrera a su madre. Le saludaron sonrientes, pero Billy hizo como si no los viera.

Estaba, todo hay que decirlo, de un humor de perros. Sentía rabia, amargura y resentimiento. Estaba hasta las narices del estúpido vestidito rosa y hubiera deseado que la tierra se abriera y se lo tragara.

Pero no hubo suerte. En realidad, todavía faltaba lo peor. Antes de llegar a la esquina vio que allí estaba Manu Matón tranquilamente sentado encima de uno de los cubos de basura, esperando a su banda.

Manu le vio venir y lanzó un silbido.

La pinta que tenía Billy era algo digno de verse. Lo sabía. El vestido estaba hecho un desastre, todo arrugado, con dedazos negros por la zona del bajo, una enorme mancha marrón en forma de balón de fútbol en la pechera, manchas de pintura en la falda, unos grandes sietes a cada lado (hechos cuando buscaba en vano los bolsillos), la huella de la patada de Rogelio y manchas de hierba en la espalda, de las que nunca se quitan.

El vestido estaba hecho un desastre.

Y a lo mejor esa fue la razón de que, cuando Manu le silbó otra vez, Billy se lo tomara tan mal.

Se paró delante de él y le miró con ira.

—¿Me has silbado a mí?

Manu contempló con cara de asombro aquella aparición rosa que le miraba con expresión amenazadora. Cambió de postura, incómodo, sobre el cubo de basura.

—Porque —siguió Billy hecho una fiera— yo no soy un perro. Soy... —dudó un momento, sin saber muy bien cómo terminar la frase, y luego gritó triunfante—: ¡Soy una persona!

Y lanzándose contra Manu con toda la furia acumulada a lo largo del día más irritante y horrible de su vida, le tiró al suelo. Y

allí quedó Manu, tirado en medio de un montón de basura esparcida por el suelo.

—¡Toma! —gritó—. ¡Para que aprendas! ¡A partir de ahora, silbas a los perros y no a las personas!

Y dicho esto, siguió camino de su casa, algo más satisfecho, dejando a Manu tratando desesperadamente de sacudirse las mondas de zanahoria y los posos de café de su chaqueta, antes de que los de su banda llegaran y le vieran en ese estado.

En el momento en que Billy entraba por la puerta principal de su casa, su madre lo hacía por la de atrás.

Se encontraron en el pasillo.

La señora Simón se quedó paralizada, mirando a Billy con cara de espanto.

—¡Qué barbaridad! —exclamó—. ¡Mira cómo estás! ¡Qué desastre! ¡Dedazos! ¡Manchas de barro y de pintura! ¡Rotos! ¡Huellas de botas! ¡Date la vuelta!

Billy se volvió, muy obediente, y oyó la exclamación de su madre.

—¡Manchas de hierba! —gritó—. ¡De las que no salen nunca!

Billy se encogió de hombros. Después de todo, no era culpa suya. Él nunca pidió que le pusieran el estúpido vestidito.

Su madre suspiró y dijo:

—¡Quítatelo inmediatamente!

Le ayudó a bajarse la cremallera del costado y a desabrocharse los botoncitos de nácar, añadiendo:

—¡Es la última vez que te mando al colegio con un vestido!

Le sacó por la cabeza el vestido causante de todos sus males y le dio un empujoncito hacia las escaleras.

Billy no necesitó más. Corrió a su cuarto y se puso unos vaqueros y una camisa.

Entonces se miró de reojo un instante en el espejo.

Luego se miró un poquito más.

Y después estuvo mirándose un rato largo largo.

¡Era un chico! Algunos dirían que no estaría de más que se cortase esas melenas... Pero era un chico, sin lugar a dudas.

Billy nunca había notado una sensación de alivio tan grande en toda su vida.

Bella, la gata, se acercó y restregó su cuerpo suave y peludo contra los tobillos, como hacía siempre. No parecía notar ninguna diferencia.

Billy la cogió del suelo y hundió la cara en su piel.

—Tranquila —susurró alegremente—. Ya ha pasado. Ya ha pasado todo. No importa si ha sido una pesadilla o no. Fuera lo que fuera, ya ha pasado.

La gata ronroneó satisfecha en sus brazos y Billy la abrazó con fuerza.

—Y mamá dice —repitió Billy con firmeza, tanto para Bella como para sí mismo— que esta ha sido la última, la última vez que voy al colegio con un vestido.

Y así fue.

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.